

cusadas con amor tierno y profundo, no le perdais por vuestra imprudencia ó impremeditacion. No pidais al hombre más de lo que puede concederos. No queráis violentar sus gustos, sus sentimientos, sus inclinaciones. Respetadle al mismo tiempo que le amais; pero sabed hacerlos precisas á su bienestar, á su dicha y á su vida doméstica, que es la sola ciencia y el gran talento que debe ostentar la mujer.

CAPITULO XVIII

Un marido débil.--Una madre enamorada de su hija.--Clemencia y Paulina.

I

Voy á contaros una sencilla historia que hace poco me refirieron, y cuyos principales personajes conozco, pues ella os hará ver toda la hermosura y heroísmo del amor filial mucho mejor que todo cuanto yo pudiera deciros.

Yo alcanzaria sólo á repetiros lo que ya sabréis, porque mil veces lo habréis leído y os lo habrán recomendado las personas encargadas de vuestra educacion.

Los sentimientos más naturales son los que más necesitan verse retratados con ejemplos vivos; y es que á fuerza de oirlos enaltecer, se debilita en nosotros la impresion de su belleza.

Hace algunos años vivia en Madrid el coronel Cervera con su esposa y sus dos hijas.

La mayor de las jóvenes contaba veinticinco estíos, y en cuanto á hermosura, no tenia mucho que agradecer á la naturaleza.

Era de estatura mediana, delgada y pálida, sus facciones delicadas y distinguidas, carecian, sin embargo, de regularidad; sus ojos, de limpio azul, eran grandes, como si Dios hubiera querido mostrar en ellos toda la pureza y hermosura de su alma, é iluminaban dulcemente su rostro blanco y oval, coronado por una abundosa cabellera castaña; su talle flexible como una palma, tenia una soltura y una gracia tan natural como admirable, no obstante este encanto bastante comun en las mujeres delgadas. En suma, Clemencia, que este era su nombre, no llamaba la atencion á primera vista; pero á poco que se la tratase despertaba una viva simpatía, y más tarde no era difícil que esta simpatía se trocase en una de esas pasiones eternas, que sólo se acaban con la vida.

Y á pesar de esto, Clemencia habia cumplido ya veinticinco años, como más arriba he dicho, y aún permanecia soltera. ¿Qué enigma era éste? Sólo Dios y Clemencia podian decifrarlo.

La otra hija de los señores Cervera, entraba apénas en su cuarto lustro, y era bella como el sueño de un poeta.

Figuraos un semblante de alabastro, cuya deslumbrante blancura templan dos ojos rasgados y negros como el azabache bruñido, y una cabellera rizada y negra como la endrina; figuraos una bo-

ca de coral y perlas, una garganta de ángel unas manos dignas de una Venus, unos piés de niño, la estatura más alta que es permitida á la mujer para que sea completamente bella, y el talle más perfecto y elegante, y tendréis una idea de lo que era Paulina.

—¡Bendita sea! exclamaban los ancianos volviéndose aún para verla, despues que ya habia pasado por delante de ellos.

—¡Bendita sea! repetian las madres con alguna pena, porque tan espléndida belleza oscurecia la de sus hijas.

—¡Bendita sea! decian sus padres todos los dias.

Y así, entre bendiciones y miradas de amor, y caricias, y lisonjas, creció y se hizo mujer aquella criatura en que Dios parecia haber agotado todas sus perfecciones.

II

Bueno será ya que os hable, lectoras mias, del carácter de los señores Cervera y del de sus hijas.

El coronel era un hombre de esos que han nacido en el sexo fuerte por un error de la naturaleza. Habíase batido, no obstante, durante toda la guerra, con el arrojo suficiente para poder conservar su puesto en el ejército, pero no

con aquel ardor del valor nativo; y aun para sus escasas proezas habia necesitado siempre que la presencia de sus jefes le pusiese en la alternativa de perder su sangre ó perder su honor.

Así fué que en cuanto la paz se aseguró, es decir, en cuanto pudo hacerlo sin merecer la nota de una extremada y vergonzosa cobardía, pidió su retiro y se dedicó á cuidarse mucho y á vivir con tranquilidad.

Desde la época de su separacion del servicio, el señor Cervera fué un cero en su casa y en su familia. Su esposa cobraba la paga, y su esposa tambien la gastaba sin darle cuenta de ella, ni pedirle parecer para nada. Vestía lo que le ponian en el colgador de su alcoba. Comia lo que encontraba en la mesa, y hasta de fumar se privó por no oír regañar á su cara mitad, que no podia sufrir que gastase en tabaco.

Perdonadme, benignos lectores, si á vuestro parecer degrado vuestra condicion de hombres en el anterior retrato; yo os afirmo que está copiado del natural, y que nada hay en él de mi propia invencion.

La señora de Cervera era la antítesis de su esposo: ella se habia apropiado las atribuciones del coronel; ella mandaba, disponia, regañaba, compraba y vendia; es verdad que no lo hacia mal, porque á fuerza de regaños, y gracias á su irascibilidad, tenia á toda la casa metida en un puño, como suele decirse.

Aunque las delicias de la señora coronela consistian en dominarlo todo, y dirigir hasta los pensamientos de las personas que habia á su alrededor, siempre estaba quejándose del excesivo trabajo que pesaba sobre ella, y de la atareada vida que el gobierno de su casa le imponia.

Cuando sus amigos le preguntaban que por qué se atareaba tanto teniendo ya dos hijas tan crecidas, contestaba que éstas no valian para nada, y que se habian acostumbrado á que su madre las sirviese en todo.

Semejante aserto era verdadero con respecto á Paulina. Esta jóven, mimada y aplaudida por su admirable belleza, era el ídolo de la casa, y su carácter, ligero é indolente además, le hubiera impedido siempre todo trabajo metódico y formal.

En cuanto á Clemencia era otra cosa; entendia perfectamente el gobierno interior de la casa, pero no queria contrariar el empeño de su madre, que se habia encargado de él, y aunque se hubiera propuesto descansarla, no lo hubiera alcanzado jamás.

La señora de Cervera queria gobernarlo todo; pero además se quejaba de que lo gobernaba.

Ahora, lectoras mias, os toca á vosotras perdonarme; tambien este retrato está copiado del natural. Por desgracia, hay matrimonios en los cuales el marido es un cero á la izquierda y la esposa se ha apropiado los derechos de ambos.

III

Las dos jóvenes hacían una vida muy diferente.

Paulina á quien habían hecho creer que la dote principal de la mujer es la belleza, pasaba los días en el tocador, recibiendo con su madre ó haciendo visitas con ella, y en las noches en los teatros y *soirées*. Sabía, es verdad, hacer un té y servirlo con mucha gracia; bailaba como una sílfide; tocaba en el piano algunos walses, y cantaba bastante mal dos ó tres canciones andaluzas; no ignoraba además cuál era el peinado que más la favorecía, cuál era el drama de moda; sabía sentarse ruidosamente en su palco cuando iba al teatro, flechar sus gemelos de nácar con la mayor gracia y vestirse con sumo gusto, aunque la compra y dirección de los trajes estaban á cargo de su madre. Sin embargo, con todas estas *habilidades*, Paulina había ya cumplido veinte años, y á pesar de su celebrada hermosura, también estaba soltera como su hermana.

La razón la sabrán mis lectores si quieren escuchar á la señora de Cervera y á una amiga suya, quienes tenían un día la conversacion siguiente:

—¿Sabes, decía á la coronela su amiga, sabes que se casa Elisa, aquella chiquilla tonta, hija

del teniente coronel del regimiento de tu marido?

—¡Es posible! ¡si no tiene más que diez y seis años! exclamó consternada la madre de Paulina.

—Ni tiene tampoco un cuarto.

—¡Dios mio! ¡Y no comprendo esto! Esa muchacha es fea y pobre y se casa! ¡Mi hija Clemencia podía haberse casado á los quince años y desde entónces acá está deshechando buenos partidos, y á Paulina, tan hermosa, haciendo tan brillante papel, nadie le ha hablado todavía de casamiento, y ya ha cumplido veinte años!

—Oye, ¿y por qué no se casa Clemencia?

—¡Qué sé yo! ¡Manías tuyas! . . . ¡Ella, que no los quiere, tiene tantos novios, y á su hermana, que se casaría de buena gana, no se le presenta ni uno siquiera!

La señora de Cervera, con todo su gobierno, tenía tan limitado talento, que no le servía ni aún para adivinar lo que pasaba en el corazón de su hija.

Clemencia no quería casarse, porque con su matrimonio dejaba á su pobre y débil padre enteramente aislado, puesto que á su madre y á su hermana les faltaba el tiempo para correr de diversion en diversion.

En cuanto á la rareza de tener ella novios miéntras que su hermana no tenía ninguno, estaba basada en las muy distintas cualidades que adornaban á una y á otra.

Paulina era ligera, superficial, y aunque no le faltaba viveza, la empleaba toda en lucir ese coquetismo que, á su parecer, le conquistaba los homenajes de la sociedad. Su talento no era tan sobresaliente como el de su hermana; pero esto no hubiera sido un obstáculo para su buena colocacion, pues la mujer tiene bastante con una razon clara para hacer la dicha de los suyos.

No debe pedirse genio á todas las criaturas, y á mi ver vale mucho más la mujer buena, sencilla y dulce que sabe únicamente arreglar su casa, que la erudita que todo lo abandona para lucir su talento.

Lo que dificultaba la colocacion de Paulina era el excesivo lujo que ostentaba: porque habeis de saber, lectoras mias, que nada espanta tanto á las personas de razon, como una ostencion imprudente.

El hombre que os ame no querrá que á su lado experimenteis privaciones, y renunciará á vuestra mano por el temor de no poder, ya que no aumentar, sostener al ménos vuestro lujo de solteras.

Lo que tambien perjudicaba á Paulina era que se la veia en todas partes, y por más que sea tenida por una costumbre elegante el asistir á todas las diversiones, pocos hombres se encuentran que confien su dicha y la direccion de su casa á una mujer que tan poco ocupa la de sus padres, miéntras permanecen bajo la autoridad de éstos.

—¿Qué hará esta mujer, se dicen, qué hará cuando se vea con la libertad de casada, si ahora está siempre de diversion en diversion?

Y si el amante no hace estas reflexiones, nunca falta un amigo que se las haga, y aún á veces alguna amiga más envidiosa que caritativa.

Por eso es preciso que las madres eduquen á sus hijas para la sencillez y el retiro por más que su posicion sea muy brillante. Por eso es necesario que las jóvenes tengan aficion al trabajo y amor á las paredes de su casa; y que, por más que reunan esas gracias, esas habilidades, esa belleza que hacen brillar en todas partes, piensen que con todo esto no consiguen más que aguzar los dardos de la envidia, si no va acompañado de un prudente método de vida, y de la laboriosidad y buen juicio indispensables en toda la que ha de ser buena esposa y buena madre de familia.

IV

Clemencia reunia á esa gracia sencilla, que cautiva todos los corazones y que vale casi siempre más que la belleza, la más completa educacion y las dotes más hermosas.

Tan acostumbrada estaba desde sus primeros años á oír decir á su madre que era muy fea, que habia llegado á creerlo así: con tanta frecuencia le repetian que no tenia gusto ni elegancia, que

se había convencido de ello; pero, como en toda mujer hay instintos de coquetería, la pobre Clemencia quiso ver si podía adquirir algún atractivo que disminuyese su ponderada fealdad y la vulgaridad de su figura.

A pesar de la inocencia de su carácter, llegó un día en que no pudo ménos que decirse:

—Es verdad que yo soy mucho más fea que mi hermana; pero entónces, por qué le compran á ella tan bonitos vestidos cuando se pasan años sin que á mí me hagan un sólo traje? ¿por qué le dan joyas, lazos, encajes y flores, y á mí no me dejan un adorno que disimule mi fealdad? Si Paulina es tan bella, como dicen, el lujo debía ser para mí.

Pero cuando participó á su madre estas reflexiones, le contestó ésta:

—Hija mía, la ostentación está demás para tí, porque nunca logrará ni aun hacerte pasable; en cambio realza de un modo admirable la hermosura de Paulina.

Después de esta respuesta, la buena Clemencia quedó completamente convencida: acabó de desear y de pedir; y á tanto llegó la desconfianza que tenía de su propio mérito, que un día que su madrina le regaló un precioso relojito de oro, fué corriendo á presentárselo á su hermana.

—¡Cómo! ¿me lo cedes? exclamó ésta asombrada, porque era la primera cosa de valor y de buen gusto que la pobre Clemencia había

poseído en su vida,

—¿No deseabas un reloj? preguntó á Paulina.

—¡Oh! mucho que lo deseaba!

—Pues toma el mío; tú le lucirás más que yo, porque eres tan bonita, que todo cuanto llevas se repara, en tanto que de mí nadie hace el menor caso.

Una lágrima brotó de los rasgados ojos de Paulina al escuchar estas palabras: abrazó á su hermana y suspendió de su cuello la linda y delgadísima cadena de oro que sostenía el reloj, contemplándose después al espejo llena de delicia.

Por fin, un día Clemencia conoció lo que valía, y la ceguedad de su familia con respecto á su mérito.

Clemencia iba á dejar de ser niña, y desde los primeros albores de su juventud, un sinnúmero de atenciones y de galanteos rodeó á aquella gentil y graciosa criatura que tan raras veces se dejaba ver en público y que tantos atractivos tenía en su inocencia, en su modestia y en la completa ignorancia de su propio mérito.